

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

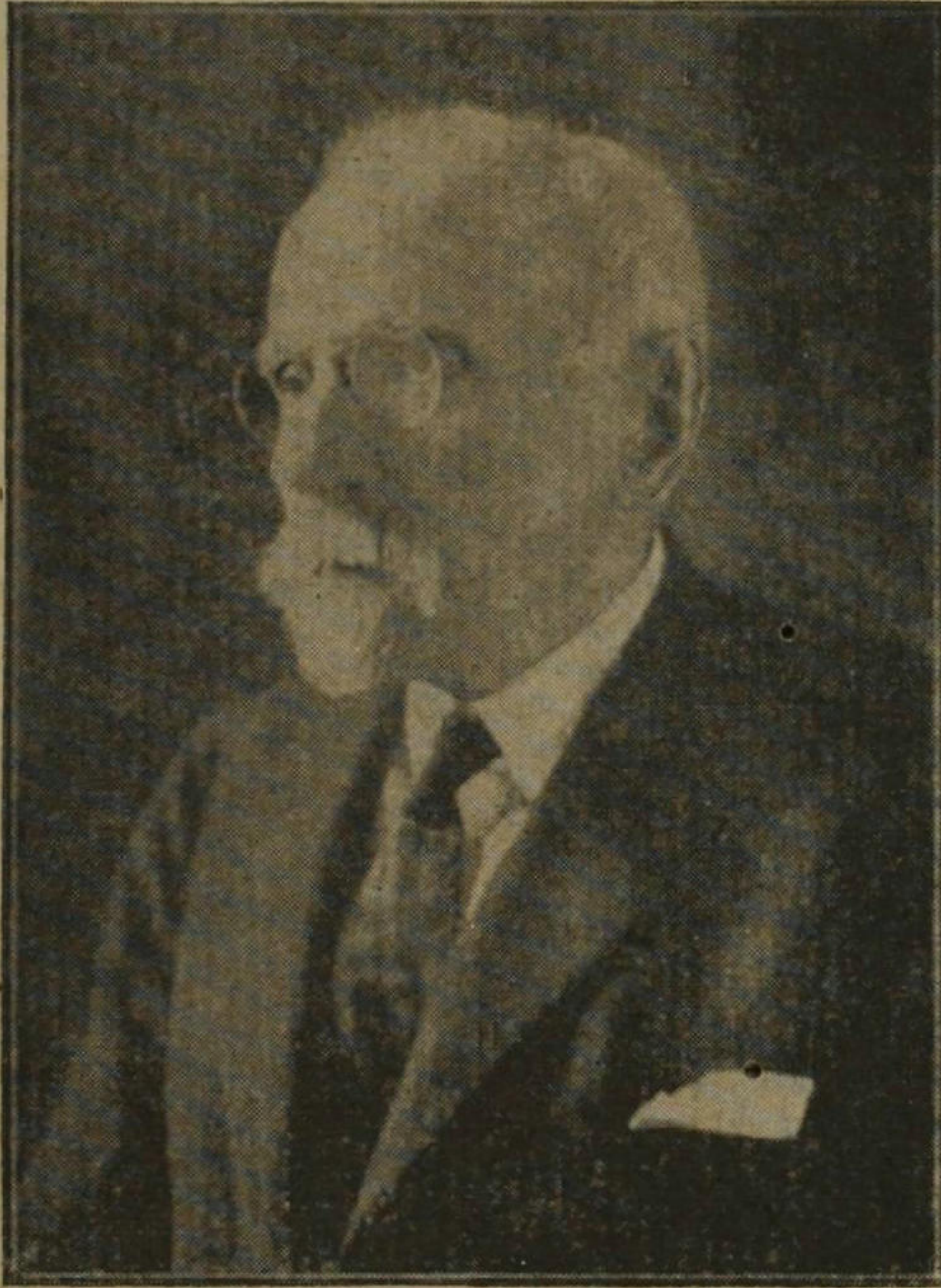
San José, Costa Rica

1948

Miércoles 20 de Octubre

No. 11

Año XXIX — No. 1062



Pablo Groussac

Algunos consejos de Groussac

(Es un editorial de *La Prensa* de Buenos Aires, Junio 6 de 1948)

En el centenario de su nacimiento, el escritor francoargentino Pablo Groussac ha sido objeto de muchas recordaciones públicas. Nos parecen muy merecidos y oportunos esos homenajes. En los países donde son apreciados los frutos del espíritu, no se escatiman la consideración y el aplauso a los escritores, los artistas y los hombres de ciencia. Pero no se les priva del respeto a que son acreedores mientras viven y luchan a porfía para producir obras hermosas y útiles. El elogio póstumo es siempre justo, mas hay en él algo de ingratitud por lo tardío. En nuestra América, gobiernos y pueblos suelen incurrir en esa práctica de enaltecer cuando la persona ya no existe, como si la muerte fuera necesaria para aquilatar el valor genuino y para concederle gloria a quien la mereció con creces. El general Mitre, en el último capítulo de su *Historia de San Martín*, observa que el destino de los emancipadores de acción y pensamiento en nuestro continente, es trágico. A los más afortunados les estuvo reservado el ostracismo, el olvido y la pobreza. Acaso se debiera ello a las épocas de anarquía y turbación moral que caracteriza a los períodos revolucionarios. Sin embargo, cuando la paz se restablece con el equilibrio de las instituciones democráticas y libres, ya no se concibe el desconocimiento

de los valores intelectuales que no se inspiran en otro interés que no sea el bien común; y el bien común no sabe de banderías.

En nuestro país han abundado los educadores nativos y extranjeros que confiaron en la emancipación del espíritu como único medio de alcanzar la dicha del hombre frente a la Naturaleza. Ninguno de ellos fué rico. La única riqueza que poseyeron fué el inmenso caudal de fe en la cultura. Creyeron con Alberdi que no se puede gobernar sin poblar el desierto, pero ampliaron la premisa afirmando que gobernar es educar. De nada serviría una población ingente condenada a la noche mental que es la ignorancia, o algo peor, la semi-ignorancia que no sólo es incapaz de distinguir los límites que separan el bien del mal, la justicia de la injusticia, sino que siente aversión profunda hacia los vuelos de la inteligencia.

Pablo Groussac perteneció a esa pléyade de hombres representativos a los que podríamos llamar los sembradores del alfabeto, y, tal vez con más exactitud, los evangelistas del libro y del pensamiento liberador. Francés por su nacimiento, fué argentino por la calidad de su obra histórica y literaria. Sus páginas más hermosas y perdurables son las que estudian las expediciones de Mendoza y Garay,

de Santiago de Liniers en las invasiones inglesas y en la independencia, de Mariano Moreno, de la época de Rosas, admirablemente reflejada en su ensayo más acabado sobre don Diego Alcorta, y de las figuras próceres que siguieron a la organización constitucional de la República.

Ejerció la crítica como un magisterio, con severidad e independencia sin ejemplo. Hubo de incurrir en ciertos excesos llevado de su amor a la verdad y a su empeño de combatir contra la hipocresía y los falsos valores. Mas ¿qué importa eso, los errores en que pudo incurrir, si se comparan con sus aciertos y su permanente preocupación por la verdadera cultura, seria, sólida, profunda? Invitamos a leer sus obras para espigar los más sesudos consejos que nos ha legado y que no se deben olvidar. Estilista de buena estirpe, se desveló por el dominio de la lengua española, y se opuso, con las mejores razones, a lo que en un tiempo dióse en llamar el *idioma nacional de los argentinos*. "No hay más idioma nacional que el castellano", dijo. ¿Qué sería de nosotros y de qué manera pensaríamos si permitiéramos que de la hermosa y rica lengua heredada saliera un dialecto subalterno desprovisto de palabras y de giros armoniosos?

Groussac defendió la buena doctrina. "Necesitamos —dijo— estudiar la historia y la lengua españolas, si queremos conocer a medias las tradiciones americanas y los antecedentes argentinos... La ilusión que consistiera, para estos pueblos nuevos, en tenerse por independientes de su pasado histórico, sólo probaría, si se prolongara indefinidamente, que del legado de la raza no han recibido más que los vicios sin las virtudes... La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso, es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza".

La lengua que hablamos y escribimos es el más seguro vínculo continental. Adulterarla o cambiarla significaría mellar y sepultar ese vínculo precioso. A nadie le es permitido expresarse de palabra o por escrito, sin la corrección gramatical de que sea capaz. Pero el bien hablar no se concilia con el palabrerío de los que buscan sonoridad sin fondo. Cuando abundan las palabras escasean las ideas. Llamó "el cultivo del floripondio" a la retórica hueca, "a los relumbrones de una sonora y hueca fraseología". El "estilo literario sobrio y preciso", huye del "campaneo verbal" con que se alucina y desvía a las multitudes.

Otros valiosos consejos podríamos recordar. Por ejemplo, no seguir a nadie a ojos cerrados. Los pueblos cultos, habituados a pensar, son más bien desconfiados por naturaleza. También son curiosos e indagan las intenciones antes de aceptar como bueno lo que se les propone. Groussac alaba la energía moral. No tolera a los que le dan más preferencia al cuerpo que al alma y "se alarman ante la merma de riqueza física, sin fijarse en la mengua de la energía moral". La superioridad intelectual es lo único que engran-